

BORGES O LA NO SIMPLIFICACIÓN DEL MUNDO

Julián SERNA ARANGO

Prof. de la Universidad Tecnológica de Pereira. Colombia

La filosofía profundiza en la complejidad de la existencia, pero también la simplifica, la idealiza a través de un lenguaje conceptual que hace abstracción de las diferencias para conquistar lo universal. Borges, en cambio, no sólo reflexiona en la complejidad de la existencia, sino que además reivindica sus diferencias a través de la ejemplificación, y en particular de los recursos literarios. Tres relatos de Borges sirven como punto de referencia: "La biblioteca de Babel", "Los teólogos" y "Tlön, Uqbar, Orbis tertius".

1. Filosofía y simplificación del mundo

Resulta evidente que los atributos compartidos por una manada de patos pueden ser más relevantes que los atributos derivados de sus diferencias individuales. Dicho de otro modo, si factorizamos la serie de los patos (si buscamos lo que tienen en común) el resultado será un pato tipo no muy diferente de los patos particulares. En el caso de los patos, las variaciones individuales son poco relevantes. Todo lo cual confirmaría un par de ecuaciones que han hecho carrera en Occidente: atributos comunes = atributos esenciales, atributos individuales = atributos accidentales. No obstante, no siempre ocurre así.

Si factorizamos una serie de individuos humanos tomados al azar como serían un poeta, un hombre de negocios, un ascensorista, un coronel retirado, una modelo, una ama de casa, un maestro de escuela, una secretaria ejecutiva, el portero de un equipo de fútbol, el resultado será probablemente un individuo humano completo desde el punto de vista biológico, pero precario desde el punto de vista cultural. Porque factorizar implica nivelar por lo bajo de ningún modo debe extrañarnos el resultado obtenido.

Al comparar los resultados de factorizar la serie de los patos y factorizar la serie de los hombres saltan a la vista algunas diferencias. Mientras en el caso de los patos los atributos individuales tienden a ser deleznable; en el caso del hombre, los atributos individuales resultan (así en principio parezca paradójico) esenciales. Si a un hombre le quitamos cuanto no comparte con todos los demás hombres no quedaría más que su base animal. Para que un hombre sea tal, es menester reivindicar sus atributos individuales.

Mientras los animales de la misma especie habitan el mismo mundo, el mundo natural, y las más de las veces un nicho ecológico común, el hombre se caracteriza, en cambio, por la construcción de mundos socio-culturales alternos. De allí la dificultad de comprender los episodios históricos o personales al margen de sus contextos, como no sólo experimentamos en el ámbito académico, sino además en la cotidianidad. No existen circunstancias humanas típicas que trasciendan el ámbito físico-biótico diferentes de algunas generalidades, cuyo nivel de abstracción las hace pobres en especificaciones. El concepto de “hombre normal”, en síntesis, es una de las más afamadas piezas del museo de la metafísica y nada más.

Hablar de lo que los patos tienen en común en vez de hablar del pato 1 o del pato 2, no implica una variación mayor. Hablar, en cambio, de lo que los individuos humanos tienen en común en vez de hablar de Juan o de María, implicaría hablar de un hombre reducido –literalmente sea dicho– a su mínima expresión, y la distancia entre él y Juan o María podría ser considerable.

Sin embargo, cuando se habla de “el hombre” y no de Juan o María, quien habla, y a pesar de lo dicho, no suele referirse al resultado de la factorización de la serie de los hombres, es decir, al hombre reducido a su mínima expresión. Quien habla de “el hombre” suele hablar, en cambio, de un hombre tipo, de un prototipo de hombre erigido en modelo o ideal. Así por ejemplo, al hablar de “el hombre” hay quien se refiere al hombre racional, quien lo hace al hombre solidario, quien lo hace al hombre ilustrado, entre otros. Ello implicaría, en síntesis, la suplantación del universal por un individual electivo. En otras palabras, se trataría de un fraude intelectual. Sería –en otra escala– como si para hablar de los animales habláramos del pato o del gato. La suplantación del universal por un particular electivo constituye una tentación consuetudinaria. No sólo ocurre cuando el filósofo, y en particular, el metafísico habla de “el hombre”, sino además cuando habla de todo tipo de fenómenos históricos como “la divinidad”, como “el amor”, como “la revolución”, cuando atribuimos un alcance a-histórico y ecuménico a determinadas experiencias o a determinadas ocurrencias.

No faltará, sin embargo, quien reconozca en los universales una estirpe ajena a los particulares, una estirpe con pedigrí, quien remita los universales a las ideas platónicas o a la mente de Dios. Hoy sabemos, no obstante, que las filosofías y las teologías son construcciones históricas. Emancipar las ideas platónicas y el dios de la escolástica del flujo del acontecer, no sería más que una acción de dudoso pronóstico en cierto modo contraria a las evidencias acumuladas a lo largo del último par de siglos relativas a la historicidad de las construcciones intelectuales.

A pesar de su vacuidad semántica o de su vocación sofística, el hábito de utilizar universales en el ámbito histórico no cesa. Nos proponemos discutir sus consecuencias.

Postulados los universales, los particulares deben someterse a ellos o perder la legitimidad en su defecto. Animal no clasificable en una especie dada se considera un monstruo, una aberración de la naturaleza. No es otra la vía del orden, la vía para reducir un mundo diverso y disperso a determinada taxonomía. En lo que respecta al acontecer histórico, no obstante, someter los universales a los particulares como suele ocurrir en el tratado filosófico implicaría un drástico recorte de mundo, una simplificación, cuando no un fraude intelectual.

Decir que la filosofía, y en particular, la metafísica, ha simplificado el mundo constituye una afirmación temeraria, cuando se repite a diario lo contrario, que la filosofía ha problematizado el mundo hasta el límite de su hipertrofia.

Puesto que una cosa y su contrario, se dice, no pueden ser ciertas a la vez, la filosofía, y en particular, la metafísica, no estaría en condiciones de hacer más complejo el mundo simplificándolo al mismo tiempo. No obstante, ha ocurrido. ¿Es esta una contradicción insalvable? Por supuesto que no. La dificultad lógica desaparece si atendemos a la constitución polisémica de los conceptos: "complejo" y "simple". Mediante ambos términos nos podemos referir (para abreviar) a dos fenómenos diferentes: a las palabras, de un lado; a los párrafos, de otro lado. Al tiempo que han simplificado las palabras al transmutarlas en conceptos, al encadenarlas a determinados atributos, conjurando así su plasticidad, los filósofos, y en particular, los metafísicos, han multiplicado las jerarquías, las mediaciones, las relaciones entre los términos haciendo (en última instancia) más complejos los párrafos, los textos. La complejidad propia del discurso filosófico, del tratado, no necesariamente refleja la complejidad de la experiencia; en ocasiones refleja la reflexión en tomo suyo únicamente, es decir, una complejidad en cierto modo artificial. De allí las reacciones de algunos filósofos iconoclastas como Austin cuando identifican en los abusos del lenguaje la génesis de buena parte de los más afamados problemas filosóficos.

Parco en reflexiones, rico en experiencias, en sutilezas, en diferencias, el texto literario constituye para muchos la antípoda del tratado. Es ésta, sin embargo, una antítesis sospechosa. Bajo el signo del maniqueísmo se construyen múltiples aporías. Aunque a primera vista parezcan evidentes, así ejerzan un poder seductor, las parejas de contrarios adquieren su protagonismo a menudo a costa de un drástico recorte de mundo, en cuanto dejan de lado otras opciones. Es menester emanciparnos de su tutela.

Allende la contraposición entre una literatura exuberante y anecdótica, y un tratado simple y reflexivo, es posible reconocer otras permutaciones posibles en lo relativo al cruce de los pares semánticos simplicidad-complejidad, el uno; experiencias-reflexiones, el otro. Así como es posible identificar textos parcos en reflexiones y simples en experiencias como algunos *best se-*

llers, los habrá también que profundicen en la experiencia sin necesidad de simplificarla, es decir, sin estilizarla, sin idealizarla. La obra de Borges se inscribe en este último apartado.

El siguiente cuadro resume las opciones:

	simplicidad	complejidad
experiencias	<i>best sellers</i>	literatura
reflexiones	tratado	Borges

En lo sucesivo, nos proponemos ejemplificar una obra como la de Borges que profundiza en la experiencia sin necesidad de simplificarla, sin someterla a las limitaciones propias del lenguaje conceptual.

2 Filosofía y recursos literarios

Se ha dicho no sin razón que la filosofía en Borges no es más que un pretexto para hacer literatura. Exóticas, singulares, las anécdotas de la historia de la filosofía, las de la teología también constituyen la trama de algunas de las narraciones del escritor suramericano. Las menciones de Platón, Aristóteles, Berkeley, Hume, Schopenhauer, abundan en sus páginas. Borges recrea la anécdota, reconstruye la idea haciéndola más expresiva, más sugerente mediante la generosa utilización de los recursos literarios. Se ha dicho que el verdadero protagonista de la obra de Borges es la cultura. En esas condiciones, la filosofía sería uno de los filones temáticos explorados, o si se quiere, explotados por él. La literatura sería el fin, y la filosofía, el medio. Aunque esa lectura de la relación literatura-filosofía en la obra de Borges ha sido registrada repetidas veces, así ella pueda aportar a su favor múltiples ejemplos, no sería la única.

Al tiempo que Borges hace literatura a través de la filosofía, hace filosofía a través de la literatura, es decir, profundiza en torno de los interrogantes cruciales de la existencia. Borges se refiere al hombre y al mundo, a la libertad y al tiempo, en fin, al arte. Que Borges aborde los interrogantes cruciales de la existencia a pesar y a partir de la literatura no lo convierte en un autor único en su especie ni mucho menos. Lejos de acudir a un género como el ensayo que no es el suyo, escritores antiguos y recientes han puesto a filosofar a algunos de sus personajes o ellos mismos lo han hecho por conducto de una digresión en diferentes pasajes de su obra. No obstante, lo que diferencia la obra de Borges de la de sus colegas, cuando aborda los interrogantes cruciales de la existencia (los de la cultura occidental en primer lugar) es la manera de hacerlo.

Al tratar temas filosóficos, hay literatos que adoptan o imitan el estilo plano de la filosofía, y nos suministran eruditas argumentaciones a tal punto que olvidamos que estamos ante el discurso de un filósofo amateur. Aunque en la obra de Borges abundan las argumentaciones de estilo filosófico, ellas no desembocan automáticamente en las ideas que el autor nos quiere comunicar. Así parezca obvio que entre los argumentos de un autor y sus ideas no existe solución de continuidad, así ello pueda verificarse en los más de los pensadores, no ocurre en Borges. Su juego es más sutil, sus argumentaciones filosóficas serían piezas de una trama todavía más compleja como nos proponemos explicar.

Cuando Borges hace filosofía a través de la literatura no sólo intervienen las argumentaciones filosóficas, sino además las figuras retóricas. En particular, la argumentación filosófica no sería un fin en sí misma, cuando sirviese de pretexto para construir una metáfora, una paradoja o una ironía. Semejante desliz en favor de las figuras retóricas en detrimento del discurso conceptual sería inexplicable para un filósofo, y más aún, para un filósofo racionalista; para un escritor, en cambio, es apenas natural. Por conducto de las figuras retóricas el escritor gana en fuerza, en pertinencia, cuando lo que dice no lo dice desde un punto de vista proposicional únicamente, cuando lo dice, además, de manera verdaderamente singular, la misma que nos cautiva, que acapara nuestra atención, en ocasiones nos conmueve, nos mueve, es decir, provoca mutaciones en el entramado de significados y sentidos que configura la existencia.

Cuando Borges en *Tres versiones de Judas*, refiriéndose a Judas dice: "Elegió una culpa no visitada por ninguna virtud: la delación"¹, es evidente que la misma idea hubiera podido ser expresada mediante múltiples frases con idéntico valor proposicional como por ejemplo: "Cometió una falta sin atenuantes, fue un delator". Esta última frase, no obstante, no nos compromete de la misma manera que la primera, y en última instancia podríamos decir que es menos eficaz. En la frase de Borges, "Elegió una culpa no visitada por ninguna virtud: la delación", el verbo "visitar", propio del ámbito social, utilizado en el ámbito de las virtudes, transfiere a este último una serie de atributos propios del primero; en síntesis, configura una metáfora. A quien nadie visita, nadie aprecia, y habrá sido aislado, anatematizado, inclusive. Ello ocurriría con la "culpa no visitada por ninguna virtud". De esa manera la frase de Borges ganaría elementos que trascienden el orden proposicional, haciéndola más sugerente todavía.

¹ BORGES, Jorge Luis. "Tres versiones de Judas", en *Ficciones*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Emece, 1989-1996. v. 1.

Utilizar los recursos literarios, y en particular las figuras retóricas para enfatizar las tesis filosóficas constituye un sello estilístico de algunos filósofos como Platón, Pascal y Nietzsche, así no figure dentro del inventario de las formas canónicas del texto filosófico. Algo similar ocurre en Borges, pero no sólo eso.

Acudir a la literatura para profundizar en determinados interrogantes filosóficos permite a Borges comunicar algunos énfasis, pero también ahondar en las diferencias, registrar aspectos, giros renuentes a ser reseñados por un discurso filosófico tributario de un lenguaje conceptual, de una estilización, cuando no de una simplificación del mundo. No es otro el punto que queremos ejemplificar.

3. La metáfora de Babel

La crítica a la metafísica, a las filosofías que pretenden decir la última palabra, ha sido realizada desde diferentes ángulos. En algunos autores, no obstante, la crítica a los sistemas filosóficos estaría comprometida, es decir, contaminada por el estilo plano de la argumentación filosófica, esto es, estaría comprometida con los universales en detrimento de las diferencias. Realizar una crítica a la metafísica sin incurrir en hábitos lingüísticos contaminados por ella, sin degenerar en metafísicas vergonzantes, es la tarea realizada por Borges en el relato titulado "La biblioteca de Babel".

Para empezar, Borges parte de una metáfora. Construye por la vía de la ficción una inmensa biblioteca que contiene todos los libros posibles, todas las permutaciones de los 22 caracteres, la coma, el punto y el espacio en blanco en un formato estándar. Allí estaría todo cuanto se ha escrito y se pudiera escribir, incluido "(...) el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones"². La biblioteca es completa. Toda la sabiduría de la humanidad reposaría en sus anaqueles, no la sabiduría propia de nuestra época o la acumulada por nosotros hasta hoy, sino la que pudiera ser adicionada sin límites de tiempo, inclusive. En lo sucesivo, no sería necesario agregar ni una coma. Por ello "cuando se proclamó que la biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto"³. El arduo propósito, el sueño de los metafísicos de colocar punto final a la azarosa búsqueda de la verdad—contra toda evidencia—había sido consumado.

A diferencia de religiones y filosofías que pretendían atrapar la sabiduría entre las tapas de un códice, la biblioteca de Babel nos proporcionaría la

² BORGES, Jorge Luis. "La biblioteca de Babel". *Op. cit.*, p. 468.

³ *Ibid.* v. 1, p. 468.

suma de la sabiduría, suma no menos aparatosa que contundente, cuando estaría vacunada contra los avatares del acontecer, es decir, contra los cambios de criterio en el mundo intelectual, porque las nuevas versiones de una hipotética sabiduría última, inclusive, reposarían en los anaqueles de la biblioteca completa.

Mientras la sabiduría contenida en la biblioteca de Babel sería una sabiduría completa, es decir, absoluta, la incluida en las sumas teológicas y los tratados filosóficos, en cambio, no sería más que una sabiduría relativa que tarde o temprano sería relevada de su lugar de privilegio en la cadena de los *ismos*; cuando más podría aspirar a la jubilación eterna en las hospitalarias páginas de las historias de la filosofía.

Borges se pregunta por las condiciones de la posibilidad de una metafísica que no esté condenada a su perentorio descrédito, emancipada de los avatares del devenir. La biblioteca de Babel, cuyo catálogo daría cuenta de todos los libros posibles, sería la respuesta. Que la construcción de semejante biblioteca se revele utópica, no importa, para la ficción todo es posible, incluida la metafísica.

En vez de considerar superflua la conversación iniciada en Grecia en tiempos de Tales de Mileto tendente a repensar los problemas cruciales de la existencia, como pudiera esperarse de quien se halle en posesión de la sabiduría total, los protagonistas del relato de Borges, en cambio, reproducen esa misma conversación con el mismo guión y los mismos énfasis.

No será necesario un mundo con sus vastos océanos, sus ubérrimas selvas, el laberinto de sus ciudades y el tráfico de sus vías para prolongar la conversación que teje la trama de la filosofía. Es posible simplificar el escenario sin alterar el libreto. Basta la biblioteca, si al fin y al cabo la palabra constituye el compendio para unos, el modelo para otros, de la existencia. En la biblioteca de Babel, por los pasillos, se reiteran, en síntesis, nuestras más caracterizadas gestas intelectuales. Borges no es avaro en ejemplos.

Hay quienes buscan el catálogo de los catálogos, el libro que de cuenta de todos los demás. ¿No es ésta una parodia de la Ilustración, de la Enciclopedia, como la más representativa de sus obras? En otro pasaje, Borges alude a la teoría según la cual la forma hexagonal de la biblioteca determina la forma del espacio, en una clara alusión a la teoría de la relatividad de Einstein. No han de faltar los dualismos; hay quien, leemos, sostiene que la biblioteca es hija de Dios, mientras el hombre lo sería del azar⁴; como tampoco los nominalistas, quienes reivindican la individualidad de la caligrafía frente al universalismo de la imprenta. Otros se ocupan de las incoherencias registradas en los volúmenes a semejanza de lo realizado en el último

⁴Cfr. *Ibid.* v. I, p. 466.

siglo por los filósofos analíticos. Unos más proclaman el sin sentido de los textos, como los nihilistas. No ha de faltar el esoterista, el teósofo decidido a develar la sabiduría oculta en los estantes, la que nadie hasta entonces acertó a descifrar.

En medio de la diversidad de roles asumidos por los lectores de la biblioteca de Babel, la reivindicación del individualismo será un corolario apenas natural. Para los nostálgicos de la unidad perdida, en cambio, no quedaría opción diferente a la de rastrear la intertextualidad.

Si una metafísica absoluta, una metafísica vacunada contra el paso del tiempo contiene todos los libros posibles, esa biblioteca no puede ser sino la biblioteca de Babel. Porque Borges no habla de Babilonia, sino de Babel, se trataría de la Babel mencionada por la Biblia, signada por la confusión de lenguas. En la biblioteca de Babel, la totalidad de los libros posibles sería la totalidad de los libros escritos en todas las lenguas⁵, en determinado sistema de escritura por supuesto.

Cuando abandonamos el nicho ecológico común, cada uno reivindica su lengua y construye su mundo, y el animal que antes éramos realiza el tránsito de la naturaleza a la historia. La biblioteca de Babel no puede ser inferior a su modelo. Aunque eterna, la biblioteca de Babel tiene su propia historia.

En el principio fue la búsqueda del libro perfecto, búsqueda infructuosa en los anaqueles de una biblioteca prácticamente ilimitada⁶ cuando la cifra de libros contenidos en la biblioteca de Babel es verdaderamente monstruosa. Como se trataría de libros de 410 páginas, de 40 renglones por página, de 80 caracteres por renglón, como se trataría, en síntesis, de libros de 1.312.000 caracteres, utilizando 25 signos tipográficos diferentes la totalidad de volúmenes con esa misma cantidad de caracteres pero que difieren siquiera en uno estaría dada por la expresión matemática: 25 elevado a 1.312.000 - 1, operación matemática cuyo resultado desborda la imaginación; sería muy superior por ejemplo al número de electrones del universo calculado por Eddington y citado por Jordan como 10 elevado a la 80⁷. Enseguida viene la edad de la depresión, de la frustración, cuando los habitantes de Babel se rinden ante la evidencia: "(...) por una línea razonable o una recta noticia hay leguas de insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias"⁸, frustración que degenera en violencia cuando contagia-

⁵ 467.

⁶ Hacia el final del relato Borges dirá que la biblioteca es ilimitada y periódica, puesto que –lo había dicho antes– el espacio toma la forma de la Biblioteca, ello constituye por supuesto una alusión más a la teoría de la relatividad de Einstein.

⁷ JORDAN, Pascual. *Perspectivas de la física moderna*. Barcelona: Seix Barral, 1953. p. 113.

⁸ *Ibid.* v. 1, p. 466.

dos por un auténtico furor iconoclasta hay quienes se dedican a deshacerse de los libros, labor inútil, por supuesto, habiendo tantos volúmenes que varían por un solo carácter $25 \times (1.320.000 - 1)$, o tantos que varían por dos caracteres $25 \times (1.320.000 - 1) \times (1.320.000 - 1)$, que la desaparición de miles de ellos sería deleznable. Indestructible el libro, el furor vandálico no tiene más opción que transmutarse en furor místico. Todos los hombres son uno, aducen los protagonistas del relato de Borges. Por el atajo de la cantidad renace la esperanza. Bastaría que uno sólo en algún momento lea el libro perfecto para que la biblioteca se justifique⁹. Del misticismo al mutismo no hay más que un paso, y los protagonistas del relato de Borges efectivamente lo dan. "Hablar es incurrir en tautologías"¹⁰. Si no hay palabra, no hay hombre. De allí el tránsito al suicidio, como el inevitable final infeliz.

En cuanto la biblioteca de Babel contiene todas las permutaciones posibles de libros en un formato estándar, ello garantiza su vigencia. No obstante, debemos pagar un precio superlativo. Por cada libro con sentido, habrá millones de libros sin sentido. De allí que la efectividad de la biblioteca de Babel tienda a cero.

No por ineficaz la biblioteca de Babel resultaría inverosímil. Amenazados por la incertidumbre, hay hombres que prefieren aferrarse a determinado sistema, a determinada metafísica, así sospechen que es ficción. Borges continúa su relato hasta las últimas consecuencias. Búsqueda, depresión, violencia, misticismo, mutismo y suicidio, tales serían las etapas de la historia de Babel. La posesión de una verdad antisémica, a prueba de fisuras, en síntesis, no sólo resultaría poco efectiva, sino además letal. En ello se resume la crítica de Borges.

4. Las paradojas de la teología

Para refutar la secta de los monótonos o anulares, quienes sustentaban una variante de la teoría del eterno retorno, en medio de la cual todos los episodios históricos, incluido el del Gólgota, perderían su singularidad, Juan de Panonia, el célebre coprotagonista del relato de Borges titulado "Los teólogos", reivindica la individualidad del hombre, el carácter único e irrepetible de los episodios constitutivos de la existencia. El resultado es previsible y el heresiarca por una noche compite con las estrellas.

Años después, Aureliano, rival de Juan de Panonia, teólogo también, enfrenta la secta de los histriónicos de estirpe gnóstica, y quienes a la manera

⁹ Cfr. BORGES, Jorge Luis. "La biblioteca de Babel". *Op. cit.*, p. 469-70.

¹⁰ *Ibid.* v 1, p. 470.

de Carpócrates sostienen que la redención o la liberación del hombre exige haber realizado previamente cuantos actos estuvieran a su alcance, incluidas las acciones pecaminosas. En esas condiciones la moral cristiana quedaría en entredicho.

Cuando Aureliano quiso refutar la tesis de los histriónicos, "de pronto, una oración de 20 palabras se presentó a su espíritu. La escribió, gozoso; inmediatamente después, lo inquietó la sospecha de que era ajena. Al día siguiente, recordó que la había leído muchos años antes en el *Adversus annullares* que compuso Juan de Panonia". Las consecuencias de dicha filiación adquieren la dimensión de una tragedia. Acusado de herejía, Juan de Panonia no estuvo en condiciones de defenderse. Instado a retractarse, el teólogo declinó la oferta. Confirmados sus nexos con la secta de los histriónicos, fue entregado al brazo secular. Pronto ardió en la hoguera.

Amparado en una lógica binaria, a Juan de Panonia no le fue posible refutar a los monótonos sin adherirse a los histriónicos o viceversa. Habiendo reivindicado la individualidad de los acontecimientos históricos, el teólogo se negó sacrificar dicha individualidad en el altar de las categorías morales acreditadas en los manuales de confesión. No fue otro el callejón sin salida en donde lo abandonó su lógica.

A pesar de su afamada trayectoria, por esta vez los razonamientos del teólogo estuvieron viciados. El teólogo no realizó una argumentación lógica, sino una argumentación pseudo-lógica. El error le costó la vida, la bienaventuranza eterna y su nombre hizo tránsito a los anales de la infamia. Al condenarlo, no obstante, se cometió una injusticia. Es menester explicitarla.

Para los monótonos los acontecimientos se repiten en un tiempo que se prolonga sin cesar. Una y otra vez Tales de Mileto caerá en el mismo hueco para regocijo de las criadas. Recopiladas las caídas de Tales, tendríamos una clase compuesta por elementos idénticos. En esas condiciones, los episodios particulares no se distinguen de su conjunto concebido como un universal, y la herejía de los monótonos o annulares se asimilaría a la del realismo extremo formulado por Guillermo de Champeaux, de acuerdo con el cual únicamente existen los universales.

Para los histriónicos, en cambio, los acontecimientos serían únicos e irrepetibles, su diversidad sobrepasaría las discriminaciones realizadas por el más extenso código moral. En esas condiciones, la herejía de los histriónicos se asimilaría al nominalismo extremo sustentado por Roscelino, de acuerdo con el cual los universales únicamente son *flatus vocis*.

Asumir la diferenciación de los acontecimientos como los histriónicos, reivindicar su individualidad como Juan de Panonia, serían términos equivalentes a condición de considerar el término "individuo" como un término monosémico. No obstante, el término en cuestión es polisémico. Al término "individuo" (para simplificar) corresponden dos semas:

- distinto a los otros
- perteneciente a un grupo

Mientras el primero de los semas del término "individuo" lo hace equivalente al término "diferencia"; el segundo, en cambio, lo vincula a una serie de términos semejantes.

Así Juan de Panonia reivindique el principio de los indiscernibles, de acuerdo con el cual no hay dos cosas exactamente iguales, ello no sería incompatible con la existencia de las categorías morales; sin dejar de serlo, un particular puede pertenecer a determinada clase. El caso estaría contemplado dentro del repertorio de las posturas filosóficas toleradas en su tiempo. Asimilada su postura a la del realismo moderado, Juan de Panonia hubiera podido reivindicar la existencia de las categorías morales sin renunciar a la singularidad de los episodios históricos. No lo hizo, y fue condenado. No obstante, pudiéramos argüir en su favor que el tribunal tampoco lo hizo y era él el encargado de administrar justicia.

Restaría la moraleja. Resulta evidente que la narración de la injusticia cometida contra Juan de Panonia se traduce en una crítica al racionalismo, cuando utiliza términos polisémicos como si fueran términos monosémicos.

5. Las ironías de la vida

En *Tlön Uqbar Orbis tertius*, Borges describe un planeta virtual, cuya irrealdad manifiesta contrasta con su coherencia. Una atroz mutilación de sus accidentes gramaticales, y en particular, del sustantivo, llevaría a los habitantes de Tlön a profesar el idealismo, así como a la construcción de sus diferentes disciplinas desde la psicología hasta la geometría en esa misma dirección. De un idealismo ortodoxo, los habitantes de Tlön pasan a un materialismo idealista, para culminar en una especie de panteísmo. Se trataría sin duda de un mundo pródigo en simetrías.

Porque al hombre lo seducen el orden, las simetrías, ha sido adicto a los sistemas, dirá Borges. Bajo el signo del maniqueísmo, la adicción a las simetrías se refleja en los totalitarismos, y Borges se refiere a los totalitarismos políticos de izquierda y derecha, cuyo protagonismo en el último siglo resulta indiscutible.

Las simetrías de Tlön, así lo registra Borges en su relato, no son una excepción, y la influencia del planeta virtual en nuestro mundo real sobreviene sin falta. El mundo se hace Tlön, concluye Borges. Algunos corolarios se imponen por sí solos.

Rastrear la genealogía de nuestra realidad llevaría a reconocer sus ancestros en el mundo de la ficción. Lo que ayer se consideró ficción, hoy hace parte de la autodenominada realidad, y las fronteras entre la última y la primera se difuminan en consecuencia.

6. Conclusión

Borges no fue un filósofo. El mismo lo decía. Borges no construyó sistemas y no podía ser un filósofo a la manera de los constructores de sistemas. A diferencia de las argumentaciones filosóficas, los relatos de Borges, como el zahir¹¹ tienen la virtud de ser inolvidables... Borges fue un literato que transgredió las fronteras entre los géneros. En ese caso decir que Borges fue un literato no haría justicia con su obra, Borges fue más que un literato y lo que tiene de más habría que buscarlo en el punto de encuentro entre la filosofía y la literatura. Borges hizo literatura a través de la filosofía, pero también filosofía a través de la literatura. Para ilustrar sus puntos de vista, Borges ejemplifica, y su ejemplificación adquiere dimensiones superlativas hasta convertirse en relato... Si la teoría tradicional de los géneros resulta insuficiente para clasificar la obra de Borges, preguntarnos si Borges es un narrador o un filósofo, un pensador o un poeta sería una pregunta mal formulada.

¹¹ Cfr. *Ibid.* v 1, p. 593.